

El tipo del neo en la obra de Galdós

Isabel ROMÁN ROMÁN
Universidad de Extremadura

Cuando Santiaguito Ibero en el episodio *Prim* llega a la capital tras escapar de la casa familiar de Nájera, observa que en una de las tertulias de jóvenes a la que es presentado embroman así a uno de los asistentes: «Le motejaban por *neo*; así lo entendió Iberito, sin llegar a penetrar claramente el sentido de esta palabreja, nueva para él». Y es que, en efecto, el joven ignoraba las novedades del Madrid de 1862, y «no acababa de desentrañar el significado de los vocablos *neo* y *neísmo*» (Pérez Galdós, 1986a: 878).

El «Neo-católico» que representaba en la década de los sesenta la confusión de política y religión que se venía dando desde comienzos del siglo, pasó a ser llamado burlescamente *neo* por los liberales, si bien el apócope solía ser usado orgullosamente también por quienes declaraban su opción política como «católico-monárquica». Ello incluía a los carlistas, sobre todo cuando en 1868 su partido se funde con neocatólicos e integristas. Las denominaciones se hacen confusas a partir de la Restauración, con términos como *neo-católicos*, *católicos rancios*, *católicos íntegros*, *ultramontanos*, *mestizos* o *transaccionistas* (Hibbs-Lissorgues, 1993: 85-90).

El uso del término *neo* renace con las corrientes anticlericales afines al regeneracionismo. En 1901, las reseñas que siguieron al estreno de *Electra* son muy ilustrativas: el famoso número que *El País* dedicó casi monográficamente a la obra el 31 de enero de 1901 dejaba claro que los testigos del ensayo final y del estreno de la obra vieron en el personaje de Salvador Pantoja al *neo*. Y un tal «Pío Quinto» (pseudónimo que para algunos encubre a Baroja) narraba en el artículo «Los neos» del citado número su peregrinación por los lugares de reunión de estos tipos, con el fin de escuchar y transcribir las reacciones furibundas de esos círculos ante *Electra*.¹

1. A 1905 y 1906 pertenecen dos interesantes cartas de Jacinto Octavio Picón a Galdós. En la primera, de 25 de septiembre de 1905, le pide el voto para la candidatura de Francisco Rodríguez Marín a una vacante en la RAE: «Aparte lo mucho que vale Rodríguez Marín, no es neo. Y ya comprenderá usted la importancia que esto tiene». Más adelante, el 12 de octubre de 1906, solicita su voto para Ramos Carrión, para otro puesto va-

Los neos, con sus ideas, sus comportamientos y, sobre todo, sus modos expresivos y su retórica a base de frases hechas y de fórmulas, recorren toda la obra galdosiana, desde los primeros artículos en *La Nación* (1865-1868) hasta obras escritas en el siglo xx, como *Electra* (1901) y los *Episodios nacionales*, cuya quinta serie en especial, recupera y acentúa el sarcasmo con el que el tipo del neo era tratado por Galdós ya en 1865.

Un factor común será siempre el abundante estilo directo que se concede al tipo —sea en la oralidad o en sus supuestos escritos en la prensa— recurso esencial de Galdós para señalar, desenmascarar y ridiculizar los resortes mentales del neo, caracterizado como insufrible tipo perorante. Sin embargo, hay muchos grados de distancia entre la mera reproducción de la oratoria doméstica, y el ejercicio burlesco, interesado y consciente por parte de algunos personajes como Juan Bragas de Pipaón y, sobre todo, el Tito Liviano de la quinta serie de los episodios.

Las obras de ficción, tanto episodios como novelas, que tienen como marco los años previos a la revolución del 68, son terreno seguro en el que las discusiones entre personajes de ideologías opuestas reproducen las ideas y formas expresivas de los neos, glosadas y ridiculizadas por los narradores o por otros agudos personajes. Solo podemos destacar una excepción, la de don Juan de Lantigua en *Gloria*, cuyo primer diseño caricaturesco como neo se fue suavizando en las sucesivas etapas creativas de la novela (Pattison, 1979: 374). En la peculiar semblanza que contiene el capítulo iv de la parte I de la novela, bajo el título «El Sr. de Lantigua. Sus ideas», el narrador resume la formación del padre de Gloria, su evolución cada vez más radical, y cómo llegó a la convicción de que la fe religiosa debe dirigir todas las facetas de la vida humana. Se indica someramente que llegó a intervenir en la vida política como orador y como escritor, con discursos apasionados a favor de la autoridad y contra las novedades revolucionarias. Parte esencial de esta semblanza la constituye la referencia a cómo eran su oratoria y el estilo de sus escritos, pero no se reproducen directamente ejemplos de ambos, en contra de la práctica galdosiana por lo que respecta al tipo del neo, tipo que siempre se muestra y desautoriza por sí solo y desde sus propias palabras.

En el caso de don Juan los resúmenes de sus ideas suavizan el efecto de ridiculización, tal vez porque, como Pattison sospechaba, Galdós tomó como modelos vivos a Pereda y otros amigos cántabros. La evolución de la figura de don Juan de Lantigua, desde los dos manuscritos preliminares de *Gloria* a su edición en 1876, confirma la voluntad de evitar la caricatura del personaje: desaparecen de la 1.^a versión su suscripción, lecturas y comentarios del periódico neo *La Esperanza*; su discurso de añoranza de la antigua vida de su villa y de miedo al «li-

cante en la misma institución, con el fin de lograr que «las letras se defiendan de la política» (De La Nuez y Schaubman, 1967: 173-174).

beralismo y la llamada civilización moderna» se desplaza en la versión 2.^a al doctor Sedeño, y ya por fin en el manuscrito final, un segundo desplazamiento de tal discurso lo situará definitivamente en boca del cura (Pattison, 1979: 21). Será el sacerdote quien en la versión definitiva de la novela clame contra la pérdida de la religiosidad y el avance del mal en el capítulo ix, que con el título «Recepción, discurso, presentación», se dedica a la bienvenida pública al obispo. Es evidente que Galdós tenía decidido desde el principio incluir una pieza oratoria ridiculizadora de los discursos neos, pero dudó sobre a qué personaje atribuir tal pieza.

Un Galdós joven periodista había mostrado ya su alerta y su aversión a los neos (Estébanez Calderón, 1982: 7-10), y en efecto, en dos años de su colaboración en el periódico liberal *La Nación*, 1865 y 1868, encontramos hasta 23 aportaciones en las que los neos aparecen, bien como tema central o bien asociados a otros tipos o situaciones. Son objeto de sarcasmos continuos, además del tipo, la prensa que le sirve de altavoz, y los políticos y escritores que difunden su ideario: Cándido Necedal, Gabino Tejado, José de Selgas, entre otros.

En 1865 es recurrente la burla de Galdós ante la movilización de los absolutistas religiosos contra la unificación de Italia, entendida por ellos como un cruel agravio anticatólico al Papa. Recordemos que las posiciones en pro y en contra de la unidad de Italia forman parte de muchas conversaciones en el episodio *Prim*, donde también se comentan las colectas a favor del Papa promovidas por *El Pensamiento Español*, que Galdós periodista había reseñado en *La Nación* en su «Revista de la semana» correspondiente al 6 de agosto de 1865 (Shoemaker, 1972: 114).

Entre agosto y octubre del 65, Galdós arremete contra los «diarios sacristanescos» que difunden la «blasfemia» de que la llegada del cólera a España es un castigo divino. La réplica de Galdós da la vuelta a ese léxico y abre una línea creativa de índole pre-regeneracionista, que irá desarrollando en adelante: la del diagnóstico de las plagas nacionales, entre las cuales descuella «la plaga nea que hoy invade, corroe, apolilla, destruye, pudre, descompone las sociedades donde inculca como la culebra su mortífero veneno», según expresa en su «Revista de la semana» del 15 de noviembre de 1865 (Shoemaker, 1972: 169). En la «Revista de Madrid» de 10 de diciembre del mismo año, el joven periodista Galdós advierte del peligro que supone el gran número de neos particulares escondidos en la vida social, una verdadera plaga nea que «vive en sitios oscuros, en los rincones de las sacristías, en los conventos ocultos; vive sorda, escondida, subterránea como la hipocresía, pero extendida por todas y ramificada hasta el extremo como la epidemia [...]» (Shoemaker, 1972: 238-239).

El concepto de *plaga* o epidemia se despliega en diversos lugares, hasta llegar al artículo que cierra 1865. Se trata de la «Revista del año», que para resumir los más importantes acontecimientos del año que se despide, se articula desarrollando figuradamente las siete plagas que habían assolado Madrid: la séptima y última plaga es la de los neos, expuesta en alegoría semejante a la de Larra sobre

los carlistas en «La planta nueva o el faccioso», sin que falte la sugerencia de que habría que inventar «alguna máquina de combustión formidable» para liquidar la temible plaga nea.

La publicación de la *Letanía Lauretana* en honor de la Virgen Inmaculada en diversas publicaciones durante el mes de diciembre de 1865 fue otro hecho que impactó al joven periodista, quien ridiculizó tanto la intención como el mellifluido estilo de la misma. En las letanías publicadas en *La Esperanza* y otros periódicos neos, tanto particulares como asociaciones y jerarquías eclesiásticas pedían a la Virgen todo tipo de favores, unos personales y otros, lo que era más preocupante, de tipo político: «Uno le dice que extermine a los liberales («*monstruum* LIBERALISMO *pelle*») —cita Galdós— otro le dice que aplaste la cabeza de los herejes; otro que confunda a los que reconozcan al reino de Italia»; Shoemaker, 1972: 250 y 257).

Por las mismas fechas, tres años después, nada había cambiado. Como cada año por la Inmaculada, reaparecía la *Letanía Lauretana* con sus mezclas espúreas de política y creencias religiosas. La realidad parece superar a la propia parodia, cuando encontramos que en la Letanía de *La Esperanza*, cuatro personas reales de 1868, «uno de San Pedro de Toselló y tres de San Baudillo de Llanos», dicen devotamente a la Virgen, en la advocación de *Mater Amabilis*: «¡Oh Madre amabilísima, qué contentos estamos de pertenecer al número de los neos y antiliberales hasta la muerte!»

No es extraño entonces que el 12 de enero de 1868 Galdós vuelva a aplicar su sarcasmo contra la estupidez, fealdad e irreverencia de esta devoción, a la que llama «descarga de metralla en forma de letanía» (Shoemaker, 1972: 384). También es comprensible que como algunas de las peticiones de los fieles estaban en latín, textos burlones en latín macarrónico forman parte de las parodias que Galdós realiza sobre la prensa y la oratoria neas.

En el año 1868 las colaboraciones galdosianas acerca de los neos se extienden por vez primera al ámbito de la ficción, con dos aportaciones: el 8 de marzo, en la serie «Manicomio político-social. Soliloquios de algunos dementes encerrados en él. JAULA PRIMERA.-EL NEO» y el 12 de abril, «La conjuración de las palabras». El primero recoge en la forma de ficción de un soliloquio, muchos de los estilos de parodia bíblica que habían aparecido antes en los artículos de Galdós sobre los neos. El loco se convierte en víctima grotesca de la función «iluminadora» de la prensa nea. Se suman los contextos parodiados, esta vez en la propia voz del loco: el estilo bíblico al modo del *Cantar de los Cantares* y de un sermón de Fray Luis de Granada, la refactura de la parábola del hijo pródigo, el latín eclesiástico usado al modo macarrónico, etc. El inicio de su «conversión» se asemeja grotescamente a la conversión de San Agustín, contada por el doctor de la iglesia en el cap. VIII de sus *Confesiones*: también el loco galdosiano escuchó una voz que le decía «*Tolle, lege*», e interpretó que debía dedicarse a la lectura de diarios neos como *La Lealtad*, *El Pensamiento*, *La Esperanza*, *La Regeneración* y *La Constancia*, que propician su conversión (Shoemaker, 1972: 447-449).

Menos de un mes después aparecía «La conjuración de las palabras», subtulado «Cuento alegórico»,² donde el autor ridiculiza las intersecciones entre política y religión que caracterizan a los neos. En el humorístico cuento, dentro de los enfrentamientos entre palabras está el de los vocablos *Religión* y *Política*, iniciado cuando *Religión* se quejó de que *Política* le había usurpado el nombre «para ocultar en el mundo sus socaliñas y gatuperios». Tercia también *Hipocresía*, que llama a Neo hermano: «Déjelas que se arañen, hermano, dijo la *Hipocresía*, que estaba rezando el rosario en una sarta de puntos suspensivos; déjelas que se arañen, que ya sabe vuestra señoría que rabian de verse juntas. Entendámonos nosotros, y dejémoslas a ellas».

El sustantivo *Neo* —que en la edición de 1889, en época del gobierno de Sagasta, es sustituido por «Gobierno» (Smith, 1992: p. 55)— se ve obligado a intervenir en la riña: «—Basta de alusiones personales, dijo el sustantivo *Neo*, que todo tiznado de negro se presentó para poner paz en el asunto» (Shoemaker, 1972: 489-493).

Por lo que respecta a las obras narrativas largas, novelas y episodios, hemos de recordar la frecuencia con que aparece el estilo bíblico y sermonario imitado en su discurso oral por beatos y beatas, y en cuya parodia Galdós parece deleitarse (Román Román, 1990: 355-362). Este estilo mantiene puntos tangentes con los modos expresivos de los neos, si bien en estos se añade como elemento distintivo el hecho de que las citas bíblicas y los sermones se ponen al servicio de la argumentación de ideas políticas y sociales.

Graciosas son las admoniciones retóricas y redundantes de Paulita Porreño en *La Fontana de Oro*, o el estilo almibarado del Padre Paoletti, comentado con dureza por el narrador en *La Familia de León Roch*. También las amplias peroratas místicas del Juan de Dios de *La batalla de los Arapiles*, muy parecidas a las de la ermitaña Marcela que enloquece a causa de la campaña carlista en Aragón en 1837, y que se expresa en un pastiche bíblico de efectos sumamente cómicos en *La campaña del Maestrazgo*, episodio escrito en abril y mayo de 1899.

Se trata de beatos extremos, y hasta de locos, a veces más tipos o caricaturas que personajes, cuya comicidad casi entremesil combina con momentos climáticos en episodios y novelas.

En el caso de *La Fontana de Oro*, la beata Paulita Porreño trata de adoctrinar a Lázaro, influida por sus lecturas místicas. Pero el peligro lo representa, lógicamente, el integrista absolutista de la siniestra figura de Don Elías, integrista

2. También en el periódico *Gil Blas* encontramos tiempo después ciertos textos que comparten el espíritu satírico galdosiano; entre ellos, el artículo «El sueño de un neo», publicado el 4 de abril de 1869 con caricatura de Ortego. Las mezclas indeseables de religión y política inspiran muchas caricaturas gráficas en *Gil Blas* y en *El siglo Ilustrado* entre 1868 y 1869. Por ejemplo, «El nuevo quemadero», publicado en *Gil Blas* el 16 de mayo de 1869, representa cómo los curas celebran la quema de la libertad. Proliferan los artículos contra la injerencia de la iglesia en la política, escritos por los redactores de *Gil Blas*. Un buen ejemplo es la colaboración de Luis Rivera «El fantasma», aparecida el 25 de octubre de 1868.

que persistía en 1870, cuando se edita la novela. La nota que Galdós antepuso en diciembre de 1870, explicaba que la turbación política iniciada en España en 1812 no tenía visos de terminar aún en 1870, y justificaba la oportunidad de publicar *La Fontana* en «la semejanza que la crisis actual tiene con el memorable período de 1820-23. Esta es la principal de las razones que me han inducido a publicarlo» (Pérez Galdós, 1986b: 10).

Digno de mención es también el caso de don Fernando Navarro o *Garrote*, que arrepentido de una vida pecadora se convierte en su ancianidad en defensor de los sacrosantos principios del servicio a la patria y la religión en *El equipaje del rey José*, cuyo capítulo XIV especialmente alberga una amplia pieza oratoria del carlista, con todos los tópicos previsibles acompañados de la maliciosa glosa que hace el narrador sobre la pragmática oratoria (dicción, tono, gestos), que ridiculizan aún más al tipo:

—Señores —dijo Garrote con hueca voz y un poco del tonillo pedantesco de los oradores modernos—, toda mi vida la he consagrado al servicio del Rey, de la patria, de la religión [...] ¡En servicio de Dios! A eso iba —prosiguió Garrote acompañando sus palabras con una enérgica acción del dedo índice—. Quería decir que siempre fui ferviente cristiano y una vez reventé a palos a dos contrabandistas porque hablaron mal de la santidad de Pío VI. Señores, en mis campañas gloriosas, o por mejor decir, en toda mi vida, he tenido por norte la honra del Rey, la honra de la nación y sobre todos los nortes y sures, el norte de la religión que es mi guía, mi faro, mi luz del cielo (Pérez Galdós, 1986c: 183-186).

La parodia de artículos de prensa y oraciones de falsa devoción tiene un buen ejemplo en el personaje del cínico Juan Bragas de Pipaón en *Memorias de un cortesano de 1815*, episodio de 1875 cuyo primer capítulo se organiza como la transcripción de un artículo de periodicucho compuesto por él interesadamente, a modo de grotesca plegaria que mezcla lo religioso con la devoción fernandina por el rey absoluto, a modo de anticipo de lo que sería, décadas más tarde, el neísmo integrista.

Muy lejano de este es el marco histórico de 1863 y 1864 en *El doctor Centeno*. Pero la oratoria doméstica de don Florencio Morales ante Felipe y los estudiantes reproduce el apego a las esencias nacionales, aguijado ahora por las pasadas tormentas revolucionarias europeas y la «cuestión de Italia» tan polémica a la sazón, y que, como hemos indicado, formó parte de los artículos críticos de Galdós en *La Nación* entre 1865 y 1868. La mentalidad y la retórica neas que aparecían en la forma de artículos de opinión en los periódicos católicos por aquellas fechas, se incorporan a la diégesis narrativa, puestas en boca de personajes en las ficciones galdosianas, como el citado don Florencio de *El doctor Centeno*:

¿Qué nos traen las ideas extranjeras? El ateísmo, la demagogia y todos los males que padecen los países que no han querido o no saben hermanar la libertad con la reli-

gión. ¿Qué dicen por allá? Pues dicen: «Fuera Papa, fuera religión y venga república; hacer cada uno lo que le da la gana» [...]. Cuando D. Florencio puso punto final en su recitado, que a Felipe le pareció discurso por lo elocuente, sermón por lo largo [...] (Pérez Galdós, 2008: 419-420).

Tito Liviano en la quinta serie de episodios reconoce expresamente su tendencia a imitar el sermón religioso, e incluso para referirse a la oratoria de las Cortes emplea moldes sermonarios. Un buen ejemplo es este de *La primera República*: «Y heme ahora, lectores amados, feligreses píos en estos oficios que la Historia (y ya veis que imito al obispo cismático y saladísimo) heme aquí, repito, aunque sean cargantes tantos hemes...» (Pérez Galdós, 1986d: 367), mientras que en el capítulo 11 de *Amadeo I*, declara Tito algo que el lector tiene bien comprobado, su capacidad proteica de adaptar el estilo de su prosa política al periódico que le pague, a las alturas de 1872: «Escribo en republicano, escribo en conservador y hasta en neo si fuera menester» (Pérez Galdós, 1986e: 273), lo que no significa que renuncie a sus ideas progresistas.

El caso más extenso y emblemático de la oratoria nea corresponde al largo discurso dado como exhibición por el personaje narrador Tito a instancias de su padre en Durango en *Amadeo I*, aguda burla del papanatismo de sus oyentes, en el que Tito lleva al extremo del absurdo la ideología carlista de su familia, completamente contraria a la suya. Finge ser un convertido al que la voz de Dios «iluminó el alma», y convence a su ultraconservador auditorio vizcaíno de que han sido seleccionados por Dios para la redención y salvamento de España. En su dislocado arbitrio, pieza oratoria que constituye todo el capítulo XVII, hace burla y prueba el extremismo de sus oyentes, que van aceptando enardecidos sus propuestas. La ridiculización de la famosa «cuestión de Italia», asunto esencial para los neos, llega a su extremo en esta gran pieza oratoria: la idea principal, «la idea de mi República Hispano-Pontificia», como enuncia Tito, es que España desagravie al Papa por la pérdida de sus estados en Italia, convirtiéndose en una República con el Papa como gobernante. El desarrollo concreto de esta propuesta es esperpéntico y por ello, más disparatada aún la reacción entusiasta del auditorio: el Papa podría venirse a vivir a la ciudad de España que escogiese como capital, los ministros serían elegidos entre arzobispos y abades de las congregaciones, el parlamento sería sustituido por un concilio con obispos, miembros de la compañía de Jesús y otros eclesiásticos, se restablecería la inquisición, etc. Los efectos cómicos de la situación son indudables, por el fanatismo de los vascos que se entusiasman hasta el delirio ante sus propuestas, y las toman tan en serio que una dama llega a preguntar: «Solo me han quedado dudas en un punto. ¿En la nueva República, los militares vestirán el uniforme que hoy usan, o un traje como los caballeros de Calatrava y Santiago, con birrete y manto blanco?» (Pérez Galdós, 1986e: 300).

Los discursos de los neos auténticos, no fingidos y burlones como Tito, suelen ser igualmente grotescos, aunque de forma involuntaria para el personaje.

Así, las parrafadas de Mendizábal en *Miau* son cómicas en sí, pero no lo es tanto el origen de su discurso. En este caso, como en otros, Galdós se ocupa de aclarar el punto de partida, la fuente de las ideas que el personaje se limita a repetir. El lector conocerá siempre que la lectura de la prensa nea, a las alturas del año 1878 en el que se ambienta la novela, sigue siendo el peligroso punto de partida, la fuente de las fórmulas que el personaje memoriza y repite:

—Ya no hay cristiandad en las familias —dijo Mendizábal grave y sentenciosamente—. Ya no hay más que suposición [...].

—Suposición de suposiciones... Consecuencias funestas del materialismo —dijo Mendizábal, que solía repetir las frases del periódico a que estaba suscrito—.

Malignamente, en esta y otras muchas situaciones, «castigaré» Galdós a su personaje a no ser capaz de completar su espuria parrafada: «¿Qué se hizo de aquella pobreza honrada, de aquella (no recordando lo demás) de aquella pues... como quien dice... ?» (Pérez Galdós, 1991: 74-75).

«Es más neo que Dios», «es más neo que Judas y más borracho que Noé», son insultos frecuentes por parte de los liberales en las obras galdosianas, pero finalizaremos este recorrido con la inolvidable despedida de don Ramón Villamil en *Miau*, y su liberación verbal ante quienes la amargaban la vida, neo Mendizábal incluido:

Sé yo más que tú, monstruo, feo, más feo que el hambre, y más neo que Judas. Ya sabes que siempre he sido liberal, y que antes moriré que soportar el despotismo. Vete al cuerno, grandísimo reaccionario, que lo que es a mí no me encadenas tú... Me futro en tu absolutismo y en tu inquisición. Jeríngate, animal, carga y liberticida, que yo soy libre y liberal y demócrata, y anarquista y petrolero, y hago mi santísima voluntad...

[...] Abur, lechuzo, sicario del fanatismo y opresor de los pueblos... ¡Miren qué facha, qué brazos y qué cuerpo! No andas a cuatro pies por milagro de Dios. Joróbate y búscame, y date tono con doña Pura, diciéndole que me viste... Zángano, neo, salvaje, los demonios carguen contigo (Pérez Galdós, 1991: 386).

Bibliografía

- DE LA NUEZ, Sebastián y SCHRAIBMAN, José (1967), *Cartas del archivo de Galdós*, Madrid, Taurus.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, Demetrio (1982), «Evolución política de Galdós y su repercusión en la obra literaria», *Anales Galdosianos*, año XVII, pp. 7-22.
- HIBBS-LISSORGUES, Solange (1993), «La prensa católica catalana de 1868 a 1900», *Anales de Literatura Española*, n.º 9, pp. 85-101.

- PATTISON, Walter T., (1979), *Benito Pérez Galdós. Etapas preliminares de Gloria*, Barcelona, Pubill.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1986a), *Prim* en *Obras completas, Episodios nacionales*, Cuarta Serie, Madrid, Aguilar.
- (1986b), *La Fontana de Oro*, en *Obras completas, Novelas I*, Madrid, Aguilar.
- (1986c), *El equipaje del Rey José*, en *Obras completas, Episodios nacionales*, Segunda serie, Madrid, Aguilar.
- (1986d), *La Primera República*, en *Obras completas, Episodios nacionales*, Quinta serie, Madrid, Aguilar.
- (1986e), *Amadeo I*, en *Obras completas, Episodios nacionales*, Quinta serie, Madrid, Aguilar.
- (1991), *Miau*, ed. de Robert Weber, Barcelona, Labor.
- (2008), *El doctor Centeno*, Isabel Román (ed.), Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, colección TextosUex.
- ROMÁN ROMÁN, Isabel (1990), «Galdós y la parodia del estilo bíblico», *Anuario de Estudios Filológicos*, vol. 13, pp. 355-362.
- SHOEMAKER, William H. (1972), *Los artículos de Galdós en «La Nación»*, Madrid, Ínsula.
- SMITH, Alan E. (1992), *Los cuentos inverosímiles de Galdós en el contexto de su obra*, Barcelona, Anthropos.